

BUENAS Y MALAS PALABRAS

por Habey Hechavarría Prado

Hay palabras que alaban y palabras que juzgan, palabras que engañan y palabras que seducen, palabras que alientan y palabras que destruyen. Hay, digamos, palabras para todo, incluyendo las que aluden a realidades feas, tabuadas, desagradables. Son las llamadas “malas palabras”. Pero si antes estaban segregadas dentro de una especie de lengua marginal, actualmente la extrema permisividad tiende a igualarlas al resto.

Determinadas por un contexto histórico-moral, las palabrotas se han convertido en muletillas, vocablos que de manera espontánea se utilizan de apoyatura durante la oralidad. Además, ahora ese tipo de palabras se envuelven en un aire de modernidad, perdiendo algo de su significación procaz. Triunfa el garbo “vanguardista” que la televisión y el cine impostan con aparente desenfado cuando en las dramatizaciones, para mostrarse natural, se procura hablar como cierta gente lo hace.

Por otra parte, no me convence el término “malas palabras”. Lo utilizo en un sentido convencional porque de aceptarlo sin reservas, validaría una falsedad: la existencia de un supuesto léxico integrado solo por “buenas palabras”.

Siendo francos, debemos admitir que cada expresión tiene su momento y lugar, siempre y cuando no dañe la sensibilidad ajena ni sea empleada para agredir al prójimo, degradar o molestar. Entonces, ponernos a establecer un decálogo del buen lenguaje, tampoco parece una operación recomendable. Porque las palabras son buenas o malas de acuerdo a su uso o abuso, antes de por sus cualidades. Recordemos que una misma palabra tiene acepciones contradictorias según la época y la geografía.

Lo que sí debe preocuparnos es la grosería. Las expresiones vulgares, siempre gratuitas, se van colando subrepticamente en el habla cotidiana sin que a penas nos demos cuenta. Pues se puede ser muy grosero aunque no se utilice ninguna de las palabrotas reconocidas.

Veneno lento y voraz que amenaza destruir el respeto más elemental, la grosería se impone frente a nuestras narices de padres, amigos, maestros y vecinos. Incluso ya existen personas incapaces de distinguir entre lo correcto y lo incorrecto. Y no crea usted que me refiero a jóvenes, niños o adolescentes. Dicha jerga desconoce las generaciones.

Hace unas pocas semanas escuché a un señor de bastante buena presencia usar una presunta grosería, casi inconsciente, pretendiendo hacer una referencia bíblica: “¡...porque yo sí me **limpio** como Poncio Pilato!”.

Me quedé hecho una pieza de asombro. Bastó sustituir el verbo **lavar** por **limpiar** en una síntesis de la frase original, y aquel sujeto creó un sentido nuevo, dándole una incómoda connotación al refrán tan conocido.

Desconozco cuánto influyen en el asunto nuestra propia cultura o los extranjerismos. Por no aludir a los dicharachos que la música popular, nacional e internacional, convierten de la noche a la mañana en modismos atractivos para grandes y chicos; y que muchas veces prenden, justamente, por estar bien subiditos de tono.

Las palabras “inadecuadas”, por nombrarles de alguna manera, reducen nuestro vocabulario cuando no son un flagrante insulto. En mi opinión, lejos de incentivar el desenfado, nos comprometen a decir otras barbaridades del mismo tipo, creando un ambiente que unos juzgarán relajante y otros lamentable, pero todos, sin duda, reconocen invasivo. Al contrario, las palabras “adecuadas” a un contexto, pueden favorecer el trato equilibrado en el cual se estimulan la armonía, la belleza y el desarrollo personal.

Quizá la disyuntiva se considere una cuestión de mera educación formal, como saber manipular los cubiertos y la servilleta. No obstante, para quienes aman la civilización y cuidan las relaciones humanas, una esperanza aguarda en el interior de nuestros hogares, donde la ética debe crecer junto a los sentimientos cívicos y al sentido común, según dicen, “el menos común de los sentidos”.